

Abrial 4/1775

A. Delgado

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

CARAMBOLA Y PALOS,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MARIANO PINA.

TERCERA EDICION

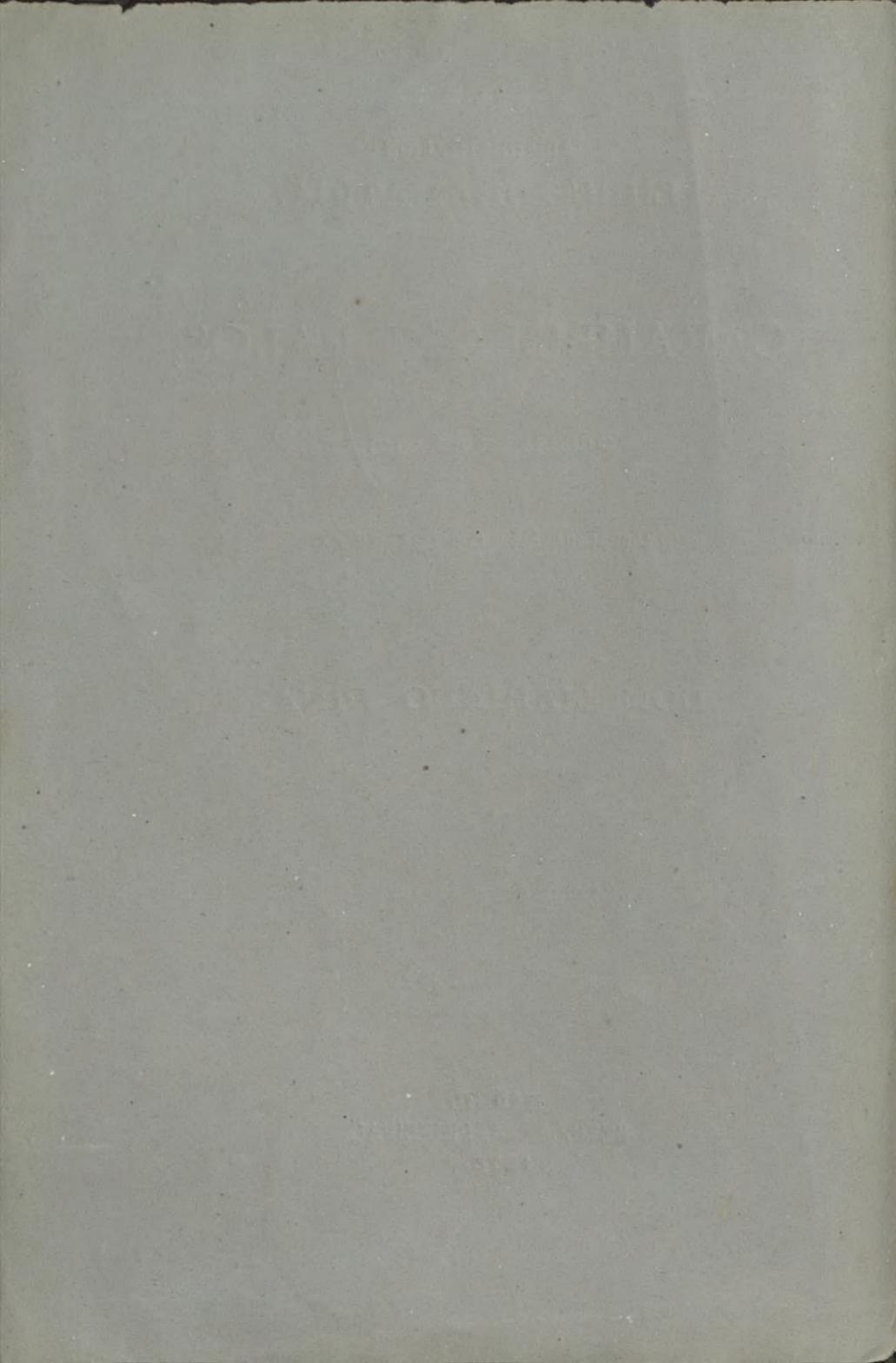
1886

MADRID.

SEVILLA, 14, PRINCIPAL.

1873.

L47 - 6278



L47-6278
90
55-6

CARAMBOLA Y PALOS,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MARIANO PINA.

Representada por primera vez en Madrid, en el Teatro del Príncipe, el 14
de Diciembre de 1859

TERCERA EDICION.

José Rodríguez

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.

ACTORES.

CÁRMEN.....	DOÑA JOSEFA HIJOSA.
LUCIANO.....	DON MARIANO FERNANDEZ.
CLEMENTE.....	DON MANUEL VILLENA.
DON JERÓNIMO. ...	DON JOSÉ AZNAR.

La escena en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Cuarto de una modista.—Á la izquierda del actor, dos puertas. Otra al foro, y en el mismo ventana que da al tejado, y por la que se ve un lienzo de pared tambien á la izquierda, con otra ventana.—Á la derecha, sobre un gran armario, otra ventana pequeña ó claraboya con vidrieras.—Mesa con encajes, cintas, cajas, un sombrero de señora, y un busto ó figurin de modista.—Sillas, bujía, etc.

ESCENA PRIMERA.

CÁRMEN, cosiendo al lado de la mesa, y cantando á media voz.

«Quién me verá á mí,
tan compuesta y emperegilada
salir por Madrid...

Los domingos subir al...»

Nada... no está en su cuarto; de lo contrario, ya escucharía su voz haciéndome el duo, y se vería su cabeza por esa ventana, que comunica la luz de mi cuarto al suyo. Estará de paseo con sus amigos, y Dios sabe si con sus queridas, ó en el cuarto del lado galanteando á la mujer de don Jerónimo, en vez de trabajar en su lucrativo oficio de grabador. No, pues eso tendría muy poca gracia. Mientras yo me quito las pestañas cosiendo, para comprar mi canastilla de boda, él...

- JERON. (Dentro, llamando á la puerta del foro.) Vecina?...
- CARMEN. (¡Eh! ¿llaman?)
- JERON. ¿Carmencita?...
- CARMEN. ¿Quién es?
- JERON. Yo.
- CARMEN. (¡Ah! ¡es don Jerónimo!)
- JERON. ¿Está usted sola?
- CARMEN. Sí; y por eso no puedo recibirle.
- JERON. ¡Hola! ¿Teme usted que la riñan?
- CARMEN. No; lo que temo es, que pierda usted aquí el tiempo mientras debe aprovecharlo en su casa.
- JERON. No comprendo...
- CARMEN. Que hay moros en la costa.
- JERON. ¡Moros!... Explíquese usted, Carmencita.
- CARMEN. Y que el fuego junto á la estopa...
- JERON. Á los piés de usted, vecina.
- CARMEN. Abur... No le ha gustado el aviso... Si ahora encuentra á Luciano en su casa, de seguro le prohíbe á su mujer que vuelva á recibirle. En verdad que yo no sé si la visita; porque en tres días que Luciano lleva de vivir en esta casa, no puede haber ocasion. Pero ayer, al subir la escalera, la miró de un modo...
- JERON. (En la ventana interior.) ¡Portero! ¡portero!... No deje usted salir á nadie que lleve pantalon verde con bandas de color de chocolate.
- CARMEN. ¡Eh! ¿Qué dice don Jerónimo? Pantalon verde con bandas... Luciano no lo tiene de ese color. ¡Pobrecito! le calumniaba, suponiéndole ocupado en galanteos, cuando quizá esté procurándose trabajo. Pero no olvidemos el mio. (Cose y canta.)
- Ay qué gusto y qué placer,
qué cosa rica,
el bailar el cocuyé
con la sopimpa.
- LUCIANO. (Dentro, continuando la cancion.)
- La, la, ra, ra, ra, la, la, la,
la, li ra, ri ra, ri la li...

CARMEN. ¡Ah! ya está ahí.

ESCENA II.

DICHA, LUCIANO, concluyendo el canto asomado á la claraboya.

LUCIANO. Buenas tardes; vecina. ¿Se puede pasar?

CARMEN. ¡Hola! ¿Usted por acá? Siéntese usted, sí gusta. (Continúa cosiendo.)

LUCIANO. Gracias; no estoy cansado.

CARMEN. No será por lo que ha permanecido usted hoy en casa.

LUCIANO. Es verdad. ¡Ay! vengo de andar por Madrid diez y nueve kilómetros en busca de Oscar.

CARMEN. ¿Oscar? ¿algún perro?

LUCIANO. ¡Quiá! uno de mis amigos, grabador como yo, á quien presté mi pantalon nuevo de cuadros azules y azafran...

CARMEN. ¡Prestar un pantalon!...

LUCIANO. Entre compañeros eso es corriente. Además, me lo pidió para asistir como padrino al bautizo del décimo hijo de un zapatero á quien debe treinta y dos remontas, y el muy trapalon, en vez de traerme la grajea que me ofreció como interés del empréstito, trasformó éste en donativo; y ya había mandado la prenda á un sastre de portal para que le estrechase la pretina. Afortunadamente llegué á tiempo, y...

CARMEN. Señor Luciano, todo eso me parece inverosímil.

LUCIANO. ¿Lo dudas? Ahí tienes la prueba de cuanto digo. (Echa un pantalon envuelto en un pañuelo.) Ese es el pantalon buscado con tanto afán, para que me sirva esta noche en el baile de la Camelia.

CARMEN. (Tomando el pantalon.) ¿En el baile, eh?... (Arrojándolo por la segunda puerta izquierda.) Confiscado por la autoridad superior

LUCIANO. ¡Eh! No juguemos, Carmela.

CARMEN. ¡Al baile!... ¡para pasar en él toda la noche, y dormir mañana todo el día, y abandonar el trabajo!...

LUCIANO. Pero, Cármen, ¿qué ha de hacer un hombre soltero?... Otórgame tu blanca mano, y me verás variar comple-

tamente de conducta.

CARMEN. ¿Completamente?

LUCIANO. Del todo.

CARMEN. ¿Trabajará usted todo el día?

LUCIANO. Y toda la noche.

CARMEN. ¿Y no jugará usted?

LUCIANO. Á nada más que al escondite contigo.

CARMEN. ¿Y tendrá usted confianza en mí?

LUCIANO. Ciega y sorda. ¡Oh! en tus ojos veo ya la aurora de nuestra felicidad. Dame tu brazo, y marchemos á la iglesia.

CARMEN. ¡Así... al vapor!

LUCIANO. Sí; de sopeton. Estas cosas no deben pensarse.

CARMEN. No, no; déjeme usted reflexionar, y mañana...

LUCIANO. ¡Mañana!... Otra noche á solas con mi individuo...
¡Si á lo ménos me acompañases á la Camelia...

CARMEN. ¿Al baile?...

LUCIANO. Sí; será nuestra fiesta de desposados.

CARMEN. (En acompañándole, no hay peligro de que se distraiga con otra.)

LUCIANO. ¿Qué me respondes?...

CARMEN. Que voy á entregar este sombrero á mi maestra, y de camino á suplicar á Dionisia... una amiga mia, que nos acompañe con su hermano. Porque ir solos ántes de casarnos...

LUCIANO. Como gustes, pichona mia. Que venga Dionisia y su hermano y toda la parentela. Yo no los conozco, pero me es igual. Conque, marcha á convidarlos, y vuelve pronto, ¿eh?

CARMEN. Al momento; y de camino me traeré algunas viandas para que cenemos juntos.

LUCIANO. Eso, eso. Y yo, en tanto, voy á casa del rapista, y vuelvo para ponerme los trapitos del domingo. Adios, remonona. (Vásc.)

ESCENA III.

CÁRMEN, metiendo el sombrero en una caja y disponiéndose para salir.

Acompañada de Dionisia y su hermano Clemente, nadie me podrá criticar... Ya va oscureciendo... Dejaré la luz encendida para cuando vuelva. ¡Anda! no tengo más que un fósforo: si éste no arde... (Enciende la luz.) Y ahora, cerremos bien la puerta. (Váse.)

ESCENA IV.

CLEMENTE, en el momento en que Carmen cierra la puerta, aparece Clemente en la ventana del fondo, y salta á la escena, vestido con un pantalon bastante corto, de color de lila con bandas azules.

Perdon, señores, si me introduzco sin anunciarme... ¿Eh? ¿no hay nadie? Sí... allí descubro una cabeza... (Dirigiéndose á la mesa.) Clemente Antonio Reglilla, escribiente supernumerario de un agente de Bolsa... Figúrese usted, caballero... No; es una señora. Figúrese usted, señorita, que esta tarde me puse mi pantalon verde con bandas de color de chocolate, para llevar á un baile esta noche á una hermana que Dios me ha dado, cuando me acuerdo que debo entregar por encargo de mi principal á cierta señora, y sin que lo sepa su marido, unas láminas del personal... y por cierto que el suyo me llama la atencion hace mucho tiempo. Treinta y seis años, con el descuento corriente de lactancia y meses de andaderas; ojos negros, boca fresca... en fin, papel diferido próximo á amortizarse, que se puede tomar á la par, para negociarlo con algun beneficio. Entro en su cuarto, sotabanco de esta misma casa; y cuando, despues de darle el papel del Estado, me disponia á entregarle otro mio, escrito á prevenccion, se sienten pasos en la antesala. «¡Cielos! ¡es él! exclama la señora.—¿Quién es él? pregunto yo.—¡Mi marido! Ocúltese usted, por piedad.» Y con un brazo

digno de un gigante, me lanza á un próximo gabinete. —«¡Señora, aquí había un hombre! grita desahogado el marido. He visto sus piernas al entrar en esa estancia.»

—Y asomándose á la ventana, previene al portero que no deje salir á ninguno que lleve pantalon verde con franjas de color de chocolate. Escuchar esa orden, despojarme de mis pantalones, meterme en estos, que vi flotar en una percha, y lanzarme á ese tejado que da paso á esta habitacion, ha sido obra de un momento. Ya que sabe usted mi desgraciada situacion, me permitirá, señorita, que procure mi fuga por esa puerta...

JERON.

(En la ventana interior.) ¡Portero! ¡portero!... No es un pantalon verde: es lila con bandas azules.

CLEM.

¡Diablo! ha descubierto el cambio. (Haciendo ademán de quitarse el pantalon.) Arrojemus el cuerpo del delito... Ya... pero si salgo en ropas menores, me conocerá el portero más pronto... ¿Qué hacer?... ¡Ángel de los atribulados, inspírame! ¿Eh? Siento pasos por la escalera... Serán los moradores de este cuarto; y si me ven, van á dar voces, suponiéndome un ladron. Ya llegan... ¡Oh!... por aquí... (Se entra por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA V.

CÁRMEN con una cesta.

Ya estoy de vuelta, con la cena comprada y con todos los encargos evacuados. Dionisia, que tambien pensaba concurrir al baile, nos acompañará con su hermano, que debe ir á buscarla muy pronto... Prevendremos la mesa, por si Luciano quiere cenar ántes de vestirse.

(Extiende la servilleta, que saca del armario, y pone los manjares sobre la mesa.) Le voy á sorprender con los pastelillos que tanto le gustan, y el vinillo que tanto le alegra.

CLEM.

(Poniendo un pie sobre una silla para atarse un zapato, y enseñando el pantalon de cuadros azules y azafrañ que se ha puesto.) (La Providencia me ha deparado otro pantalon que voy á usar por vía de préstamo forzoso. (Viendo á Carmen, y

cerrando la puerta.) ¡Oh!...)

CARMEN. ¿Eh? ¿Quién mueve esas puertas? ¡Ah!... será el gato, que ha oído las viandas... (Dirigiéndose á la primera puerta de la izquierda.) ¿Minini... mis... morrongo?...

CLEM. (Ganando sin ser visto la puerta del fondo.) ¡No es mal morrongo el que tenias en tu cuarto!) (Váse.)

CARMEN. ¿Mis?... ¿Dónde se habrá metido?...

ESCENA VI.

DICHA, LUCIANO, en la claraboya.

LUCIANO. ¿Eh?... Acá estamos todos.

CARMEN. ¡Hola! Y no ha perdido usted el tiempo. ¡El pelo rizado!...

LUCIANO. Y perfumado con *huile antique*, como dice la etiqueta de... Conque, mientras yo me visto, ponte tú el trajecito de poplin que tan bien te sienta.

CARMEN. ¿No quiere usted cenar ántes?

LUCIANO. No; deseo sentarme á la mesa hecho un Cupido. Y para ello, devuélveme el pantalon confiscado.

CARMEN. ¿Para ser mi pareja en el baile? Es muy justo. (Saca el pantalon verde que Clemente ha envuelto en el mismo pañuelo en que estaba el de cuadros.) Ahí lo tiene usted, amiguito.

LUCIANO. (Cogiéndolo.) Hasta luégo, paloma. (Se mete dentro, y se oye el ruido como de caerse una persona.) ¡Ay!

CARMEN. Luciano, ¿qué es eso?

LUCIANO. (Dentro.) Nada; que me he caído con la silla y la mesa...

CARMEN. Pero ¿se ha hecho usted daño?

LUCIANO. No... Me he roto la crisma; pero ya estoy de pie como si tal cosa. Y lo peor es, que se ha apagado la luz y no tengo cerillas.

CARMEN. ¡Ay! ni yo tampoco... Pero los hombres no necesitan luz para vestirse.

LUCIANO. Tienes razon; me arreglaré aquí de cualquier modo, para no hacerte esperar...

CARMEN. Ademas, como no tiene usted que enamorar á nadie...

LUCIANO. ¡Canario!

CARMEN. ¿Eh? ¿Se ha vuelto usted á caer?

LUCIANO. ¡Señor! ¡Si esto es imposible!

CARMEN. Pero ¿de qué está usted hablando?

LUCIANO. ¡Voto va! ¡Ni la tela... ni la medida...

CARMEN. ¿Ni la tela, ni?... Usted se entenderá, amigo mio.

LUCIANO. (Saliendo por la puerta del foro, vestido con el pantalon que se quitó Clemente.) ¡Un espejo... una vidriera... una cosa en que yo me pueda mirar!

CARMEN. Luciano, ¿se ha vuelto usted loco? ¡Já, já!... ¡Ay! ¡qué facha! ¿De dónde ha sacado usted ese pantalon?

LUCIANO. Del pañuelo en que puse el mio.

CARMEN. Imposible... yo no lo he tocado.

LUCIANO. ¿No lo has tocado... eh? Es decir, que un magnífico pantalon á cuadros se ha trasformado en esta camisa de lagarto. Aquí anda la mano de un hombre. Cármen, ¿quién es ese hombre?

CARMEN. Le juro á usted por mi honor...

LUCIANO. Psit... júralo por otra cosa, si te parece.

CARMEN. Caballero, usted me insulta con sus dudas..

LUCIANO. No; yo te confundo y te anonado con mis razones. Por última vez, ¿de quién es este trapo?

CARMEN. Repito á usted que no lo sé, y le suplico que salga de mi casa. No quiero que permanezca en ella un hombre que sospecha de mí.

LUCIANO. Pues yo quiero permanecer hasta que descubra al infame que se sirve de mi vestuario.

CARMEN. En ese caso, me iré yo. Beso á usted la mano. (Váse.)

LUCIANO. Vaya usted enhorabuena.

ESCENA VII.

LUCIANO.

¡Oh! diera la mitad de mi cuello por saber quién es el *sans culote* que me roba su amor... y mis pantalones. Si, á lo ménos los hubiera trocado por otros mejores, mis celos serian más llevaderos. Pero yo averiguaré... Sí, escudriñaré todos los rincones de la casa, hasta en-

contrar algun dato que me ilumine... (Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA VIII.

D. JERÓNIMO, saliendo por la puerta del foro, con pantalon azul con bandas de color de chocolate, despues LUCIANO.

JERON. ¿Eh?... ¡nadiel... Me es igual. El portero me ha dicho que ha visto al seductor cruzar por el tejado y saltar por esa ventana, y no saldré de aquí hasta encontrar... Para avergonzar al infame, me he puesto su pantalon; apenas él lo vea, palidecerá y yo podré tratarle con toda la ferocidad que las leyes me permiten. Yo soy un jefe retirado, que ha servido en carabineros y estoy acostumbrado á perseguir el contrabando. No hay que perder tiempo... registremos todo el cuarto. (Entra por la segunda puerta izquierda, en el momento en que Luciano sale por la primera.)

LUCIANO. Nada... He mirado esas habitaciones que se comunican entre sí y no he hallado el menor vestigio... (Suena el ruido de un mueble que se cae.) ¿Eh?... Me parece haber oído... (Entra por la segunda puerta y D. Jerónimo sale por la primera.)

JERON. ¡Nadiel... ¡He registrado hasta los armarios, he volcado las mesas, y todo inútil!... ¡El miserable se me ha escapado! (Se oye un estornudo.) ¿Qué escucho?... ¿me habré engañado, por ventura? (Se dirige á la primera puerta y retrocede al ver salir por ella á Luciano.) ¡Oh! ¡aquí está!

LUCIANO. ¡Cielos! ¡Ya di con él!

JERON. ¡Yo conozco á este hombre! Es el que suele bajar por la escalera cuando yo subo.)

LUCIANO. (Es el que suele subir cuando yo bajo.)

JERON. ¿Qué hace usted en este cuarto, vil sabandija? (Seamos comedidos.)

LUCIANO. Miserable reptil, lo que me da la gana. (Seamos políticos.)

- JERON. Creo que entre nosotros deben mediar muy pocas palabras.
- LUCIANO. En efecto, las lenguas callan... cuando hablan las pier-nas.
- JERON. ¿Y tiene usted valor de recordarme?... Señor! liberti-no... la funda en que oculta usted sus canillas, va á ser su traje mortuorio.
- LUCIANO. (¡Hombre! ¡Este es el colmo del cinismo!)
- JERON. Yo soy un jefe retirado que ha servido en carabineros.
- LUCIANO. Pues su carabina de usted es para mí la carabina de Ambrosio.
- JERON. Calle usted, infame seductor... ¿De dónde ha tomado usted ese pantalon?
- LUCIANO. Lo he tomado del cuarto de una perjura á quien amaba.
- JERON. (¡Y lo confiesa el fementido!)
- LUCIANO. De una mujer con quien me iba á casar mañana mis-mo.
- JERON. ¿Usted?
- LUCIANO. Yo.
- JERON. ¿Casarse usted con mi esposa?
- LUCIANO. ¿Su espo... Eso es imposible... ¿Usted marido de... ¡Impostura! Ella es soltera.
- JERON. ¿Conque ha ocultado el santo vínculo que nos une?... Y si yo le muestro á usted la partida de casamiento, que cabalmente traigo conmigo para pedir el divor-cio... ¿lo dudará usted entónces?
- LUCIANO. ¡Casada!...
- JERON. Sí; voy á separarme para siempre de esa víbora. Pero ese no es obstáculo para que yo le arranque á usted el corazon... (y mis pantalones.)
- LUCIANO. (¡Yo que la tenia por una modista modesta! Yo que la creía pura como!...) ¡Ay! ¡una esencia!... ¡vinagre hi-giénico!... Siento un sudor frio... sosténgame usted, hombre...
- JERON. Vaya usted al diablo.
- LUCIANO. Pierdo la vista... ¡ay!... me muero... (Cae en los brazos de D. Jerónimo.)

JERON. ¡Se ha desmayado!... ¿Y qué hago yo con este costal?...
¡Ah! aquí dentro hay una cama... le arrastraré como pueda... (Se entra con Luciano por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA IX.

CARMEN.

¿Se habrá marchado?... En efecto... ¡Dudar de mí!... ¡suponer que yo!... ¡Sea usted buena con los hombres; desvívase usted por el que le inspira amor, para recibir este pago!... No, y mil veces no. Bien hayan las coquetas, que traen cuatro ó cinco al retortero y no aman á ninguno. Ellas son las queridas, las mimadas y las que gozan en el mundo... mientras que nosotras, palomas inocentes, entregamos el corazón al sangriento gavilán, para que le destroce y se burle de nuestros sufrimientos.

ESCENA X.

DICHA, D. JERÓNIMO, que se ha puesto los pantalones de color de lila.

JERON. (He aprovechado el síncope para recuperar mis bienes.)

CARMEN. ¡Eh! ¿quién va?

JERON. No se asuste usted, vecina.

CARMEN. ¿Á estas horas en mi casa?

JERON. No le deje usted salir.

CARMEN. ¿Á quién?

JERON. Al infame seductor que he cogido in fraganti galanteando á mi mujer.

CARMEN. Pero...

JERON. Ahí queda desmayado. Si vuelve en sí, deténgale usted hasta que yo venga con las armas. (Váse.)

ESCENA XI.

CÁRMEN, despues LUCIANO.

CARMEN. ¿Y qué tengo yo que ver?...

LUCIANO. (Con pantalon verde.) ¡Caballero!... caballero!...

CARMEN. (¡Cielos! ¡es Luciano!)

LUCIANO. Este pantalon me está peor que el otro. (Viendo á Cármen.) Perfectamente, señora. ¡Ese hombre se ha propuesto que yo sea su maniquí!

CARMEN. ¿Y tiene usted valor para mirarme frente á frente?

LUCIANO. Sí, señora; y para mirar á usted de perfil, y de todos modos.

CARMEN. No lo extraño; porque el hombre que hace el amor á una mujer casada, tiene desfachatez para todo.

LUCIANO. ¡Casada!... ¿Y por qué me ocultaba usted su estado?

CARMEN. ¡Oh! ya se lo ha hecho á usted comprender el marido.

LUCIANO. Sí... ya conozco á ese cetáceo... Y, por cierto, que no concibo cómo una mujer de buen gusto, se haya casado con semejante alimaña.

CARMEN. Cuando ella le dió su mano, es porque gustaria de él.

LUCIANO. Gustaría de él, ¿eh?

CARMEN. Sí, señor; y lo querrá más que á usted.

LUCIANO. (¡Vive Dios! ¡este es el extremo de la desvergüenza!) ¡Señora! conténgase usted, ó no respondo de mí mismo.

CARMEN. Pero ¿qué hace usted ya en mi casa? ¿no le he dicho bien claramente...

LUCIANO. Sí... voy á abandonarla para siempre, traidora sirena. Me voy, por no darla á usted el placer de verme morir aquí de dolor y desesperacion. (Se sienta, y empieza á comer un pastelillo.)

CARMEN. ¡Calle! ¿Se sienta usted?... ¿y come?

LUCIANO. Sí, señora; como, porque quiero endulzar mis postremos momentos con este pastelillo de almíbar. Y por cierto que es exquisito.

CARMEN. ¿Se burla usted de mí? Por última vez le digo que salga de mi casa.

LUCIANO. No tendrá usted que repetirlo. Adios, hasta la eternidad.

CARMEN. Beso á usted la mano.

LUCIANO. (Tomando otro pastelillo.) Permítame usted que tome este otro de crema, para ahogar mi último suspiro.

CARMEN. ¿Todavía? Mire usted que el esposo ultrajado debe volver con sus armas.

LUCIANO. Hasta la resurrección de la carne. (Váse.)

ESCENA XII.

DICHA, despues GLEMENTE.

CARMEN. ¡Oh! No sé lo que daría por poderme vengar de ese perjuo y hacerle sufrir los celos que me desgarran el alma.

CLEM. (Soy el más desdichado de los hombres. He dejado el billete amoroso en el bolsillo de mi pantalon; y si lo encuentra el marido, todo se descubre.)

CARMEN. ¡Pobre de mí!..)

CLEM. (Dirigiéndose á la ventana.) (Quizá será tiempo todavía de recogerlo...)

CARMEN. ¿Quién está ahí?

CLEM. ¡Cielos! ¡no había reparado!

CARMEN. (Todo el mundo entra esta noche en mi cuarto.)

CLEM. Dispense usted, señora, si he penetrado... ¡Hola, Carmencita!

CARMEN. ¡Ah! ¿es usted, señor Clemente? ¡el hermano de Dionisia!..

CLEM. Pues... (Ignoraba que vivia en este cuarto. ¡Diablo! va á reconocer el pantalon...)

CARMEN. ¿Sin duda vendrá usted á buscarme para ir al baile?

CLEM. Justo. (No sé de lo que habla.)

CARMEN. ¡Si nos oyera el infame!) (Alzando mucho la voz.) Pues bien; iremos, y procuraremos divertirnos hasta la saciedad.

CLEM. Convenidos; pero...

CARMEN. ¿Ha cenado usted?

- CLEM. No, señora; todavía...
- CARMEN. Cenará usted conmigo.
- CLEM. Gracias; no tengo apetito.
- CARMEN. Déjese usted de cumplimientos, y acompañeme con toda franqueza... Entre amigos...
- CLEM. (Esta chica cree que soy sordo.) Es usted muy amable, y le agradezco... (Se sienta.)
- CARMEN. Así... y ahora, á comer alegremente.
- CLEM. (Levantándose y dirigiéndose á la ventana.) ¡Cielos! Ya olvidaba que debo ir á recuperar esa carta.)
- CARMEN. Pero ¿á dónde va usted?
- CLEM. Tenia que... (¿Y á dónde digo yo que voy por el tejado? ¡Oh! ¡qué idea!) Carmencita, usted podría prestarme un gran servicio.
- CARMEN. Hable usted.
- CLEM. Se trata de... un amigo mio, de un buen muchacho, que ha dejado olvidada en el vecino cuarto una carta amorosa, que puede comprometer á la señora á quien va dirigida.
- CARMEN. ¿Y bien?
- CLEM. La esposa de un don Jerónimo... ¿la conoce usted?
- CARMEN. Por mi desgracia. (Á esa mujer acuden todos como moscas.)
- CLEM. Se trata solamente de que vaya usted y la diga con gran misterio: «Señora, entre usted en el gabinete encarnado, tome usted el pantalon verde y rompa el billete azul.»
- CARMEN. Bien, bien: haré la comision.
- CLEM. ¿De veras?
- CARMEN. (Y de camino procuraré que esa mujer aborrezca á Luciano por traidor.)
- CLEM. ¡Oh! es usted encantadora.
- CARMEN. ¿Sí?... ¿le parezco bonita? (Alzando mucho la voz.)
- CLEM. Divina.
- CARMEN. (Bajo á Clemente.) (Dígalo usted más alto.)
- CLEM. ¿Más alto? ¡Calla! ¡es ella la torpe de oído!) (Alzando la voz.) Que me parece usted divina.

CARMEN. (Id.) ¡Oh! ¡es usted muy galante!

CLEM. Pero no se detenga usted...

ESCENA XIII.

DICHOS, LUCIANO, en la claraboya.

LUCIANO. (Me parece haber escuchado un órgano masculino.)

CLEM. Y en cambio de ese favor...

LUCIANO. (¿Qué favor será ese?)

CARMEN. Bailaremos toda la noche.

LUCIANO. (¡Calle! Pues este es un número tres, á quien yo no conozco.)

CLEM. Y la amaré á usted toda mi vida.

LUCIANO. (Pues el número tres se va al bulto. ¡Cielos! ¡y tiene puestos mis pantalones!)

CARMEN. (Ahí está.) (Bajo á Clemente.) Siga usted, siga usted diciéndome cosas dulces.

CLEM. ¡Já, já!... ¡qué amable está usted hoy, Carmelita!

CARMEN. Siempre... el que es joven, se divierte...

LUCIANO. (Pues yo no soy viejo, y me fastidio.)

CLEM. Le advierto á usted que estamos perdiendo el tiempo...

LUCIANO. (¡Cielos! ¡si tendré que cerrar los ojos!)

CARMEN. ¡Ah!... Si; voy al instante... Vaya... le permito á usted que me pague adelantado el favor que voy á hacerle.
(Alargando la mano.)

CLEM. ¿En qué moneda?

CARMEN. En la que usted guste.

CLEM. Pues pagaré en inscripciones de la deuda del corazón.
(La besa la mano.)

LUCIANO. (Retirándose y cerrando con ruido la ventana.) (¡Canario!)

CLEM. ¡Eh! ¿Qué es eso?

CARMEN. Nada... un vecino que se rompe las narices. Espéreme usted aquí, mientras evacuo mi comision. (Váse.)

ESCENA XIV.

CLEMENTE, despues LUCIANO.

- CLEM. Nunca he visto á esta chica tan pizpereta y desenvuelta. Y es bonita como una estrella... ¡Oh! voy á pasar la noche más feliz...
- LUCIANO. (Entrando precipitadamente.) ¡Caballero... estoy á las órdenes de usted!...
- CLEM. ¿Á mis órdenes? Gracias; pero yo no tengo el honor de...
- LUCIANO. Le repito á usted que estoy á sus órdenes...
- CLEM. (¡Quién es este hombre?) Si usted tiene la bondad de indicarme lo que quiere...
- LUCIANO. Quiero... despedazar á usted.
- CLEM. (¡Cáspita! Si será un demente escapado de... Su rostro, sus ademanes...)
- LUCIANO. (La malvada le ha regalado mis...) Lo dicho... despedazar á usted.
- CLEM. (Cielos! ¡mi pantalon verde! Ahora lo comprendo todo. Los pasos que sentí, no eran del marido, sino de éste, que será el amante afortunado...)
- LUCIANO. La mujer á quien usted ama, no le pertenece.
- CLEM. Ni á usted tampoco.
- LUCIANO. Demasiado lo sé.
- CLEM. En ese caso, nuestros derechos son iguales.
- LUCIANO. Los míos son más antiguos.
- CLEM. Por eso han caducado.
- LUCIANO. Acabemos de una vez. Yo no puedo romper los lazos que la unen á su marido; pero no consentiré que un rival...
- CLEM. Pensamos del mismo modo.
- LUCIANO. Por lo tanto, es preciso adoptar aquí una determinación radical.
- CLEM. Definitiva.
- LUCIANO. Convenidos... Y para empezar, abandone usted mi prenda. (Mirando el pantalon.)

- CLEM. ¡Su prenda!... Antes abandonaría la vida.
- LUCIANO. ¡Qué cariño les ha tomado! ¡Caballero... no me haga usted apelar á las vias de hecho!...
- CLEM. ¡Fanfarronadas á mí! Sepa usted que yo tengo los pantalones muy bien puestos.
- LUCIANO. Es usted más afortunado que yo: estos se me están cayendo.
- CLEM. Y cuando usted guste, cambiaremos cuatro estocadas. (Le meteremos miedo.)
- LUCIANO. Ó cuatro tiros, ó lo que usted guste. (Finjamos serenidad.)
- CLEM. Pues ¡al campo! (Se sienta.)
- LUCIANO. ¡Al campo! (Idem.)
- CLEM. Oiga usted... Se me ocurre una idea.
- LUCIANO. ¿Conciliadora?
- CLEM. Al ménos, para nosotros.
- LUCIANO. Ya escucho.
- CLEM. Los dos amamos á la misma mujer.
- LUCIANO. Diga usted mejor, á la misma pantera.
- CLEM. Esa pantera tiene dueño.
- LUCIANO. Sí, señor; un elefante.
- CLEM. La muerte de cualquiera de nosotros será provechosa en primer término para el poseedor de nuestro tesoro; y el que sobreviva, siempre tendrá el mismo obstáculo...
- LUCIANO. Adelante.
- CLEM. Aquí, lo más oportuno, ante todo, sería desbarnos del tirano.
- LUCIANO. ¡Hombre! ha puesto usted el dedo en la llaga. Pero ¿de qué modo?...
- CLEM. Muy fácilmente. Usted le desafía... y le mata.
- LUCIANO. No: mejor es que usted le mate y yo le desafie.
- CLEM. ¿En qué quedamos?
- LUCIANO. En eso: en que usted le...
- CLEM. Ambos somos valientes.
- LUCIANO. ¡Oh!...
- CLEM. Lo mejor es, para evitar cuestiones, que nuestro comun

enemigo elija el competidor.

LUCIANO. Si; pero...

CLEM. Ambos le insultamos bajo cualquier pretexto, y él escogerá al que guste.

LUCIANO. Perfectamente. Usted le insulta de una de esas maneras que requieren sangre...

CLEM. ¡Oh! pierda usted cuidado. Y usted á su vez...

LUCIANO. Lo precipito con mis ultrajes.

CLEM. ¡Bien! (Dándole la mano.) Es usted un Pulgar.

LUCIANO. Y usted un índice.

CLEM. ¡Silencio!... Parece que llega gente.

LUCIANO. (¡Cielos! ¡si será él!) Valor y energía.

CLEM. En efecto...

ESCENA XV.

DICHOS, D. JERÓNIMO, con pistolas, que deja sobre la mesa.

JERON. (Gracias á Dios, aún no se ha marchado.)

CLEM. (El hombre viene prevenido.)

LUCIANO. (Ap. á Clemente.) No pierda usted el tiempo: insúltele usted.

JERON. Servidor.

CLEM. Caballero, ¿se puede saber con qué objeto viene usted armado á una casa pacífica?...

JERON. Con objeto de matar á este miserable, y á usted también, si trata de impedirlo.

LUCIANO. (Ap. á Clemente.) Ande usted, hombre, ande usted.

JERON. Yo soy un jefe retirado, que ha servido en Carabineros.

LUCIANO. (¡Vuelta con la carabina!)

CLEM. Escuche usted, señor valenton. (Ap. á Luciano.) Ahora lo aplasto.

LUCIANO. (Id. á Clemente.) Eso, eso: déle usted una bofetada que lo vuelva loco.

CLEM. (Ap. á D. Jerónimo, llevándosele á un extremo del teatro.) Sé los motivos poderosos que tiene usted para odiar á ese menguado...

JERON. Con toda mi alma.

- CLEM. Y extraño que se haya usted contenido tanto tiempo; porque el que se introduce en la casa de un hombre honrado, para turbar la paz doméstica...
- JERON. Merece...
- LUCIANO. (Ya se van calentando.)
- CLEM. Sí; merece... lo hago como simil... que le estampen, así, la mano en el rostro. (Figura darle una bofetada.)
- JERON. Y que le atraviesen despues de un balazo.
- LUCIANO. (Se agarraron.)
- CLEM. Para lo cual, yo me ofrezco á ser el padrino de usted.
- JERON. Caballero... usted es un hombre de bien.
- CLEM. Á carta cabal.
- JERON. Acepto el ofrecimiento y le alargo la mano en señal de amistad.
- CLEM. Gracias... hace mucho tiempo que deseaba intimar con usted.
- LUCIANO. (Ya están desafiados.)
- CLEM. (Ap. á Luciano.) (He cumplido mi palabra. Ahora le toca á usted. Entereza y golpe seco. Ya me ha visto usted á mí.)
- LUCIANO. (Id. á Clemente.) (No le iré yo en zaga.)
- JERON. (Á Luciano.) Amiguito, creo que nosotros tenemos muy poco que hablar.
- LUCIANO. Al contrario; debo decir á usted varias cosas, que por cierto no le han de gustar.
- CLEM. (Ap. á Luciano.) (Duro, duro.)
- JERON. No comprendo...
- CLEM. (Llevándose á D. Jerónimo al extremo opuesto.) ¿Usted quiere batirse conmigo porque supone...
- JERON. Porque he visto...
- LUCIANO. Usted no ha visto nada, mientras que yo... yo he sorprendido aquí á ese perillan, haciéndole el amor á Carmencita.
- JERON. ¡Á Carmencita! ¿y qué me importa á mí?
- LUCIANO. ¿Que no le importa á usted?... Y besándola la mano.
- JERON. Hacia perfectamente.
- LUCIANO. ¿Conque él hacia perfectamente en besarla, y yo que

nunca le he... (No he visto marido más cernícalo en todos los días de mi vida.) ¿Y tampoco le importa á usted recibir un bofetón de la mano de un rival?

JERON. ¿Usted un bofetón á mí?

LUCIANO. Yo no; el otro.

JERON. ¿Qué otro? ¿pretende usted volverme loco?

LUCIANO. Sí, señor; se ha chupado usted una bofetada, que ha resonado en todos los ángulos de este cuarto.

JERON. (Dándole un puntapié.) Miserable!

LUCIANO. ¡Ay!

CLEM. (Esto va de veras.)

LUCIANO. ¡Caballero... ha vibrado usted la cuerda más sensible de mi corazón!

JERON. ¿Y qué?

LUCIANO. Se colmó la medida.

JERON. Ese es mi deseo.

LUCIANO. ¡Muerte y esterminio!

JERON. Al momento.

LUCIANO. Poco á poco. Usted ha recibido un agravio del señor, y hasta que lave esa mancha...

JERON. ¿Yo un agravio de... El señor es un amigo mío, incapaz de faltar. (Dándole la mano.)

CLEM. Justo: nosotros somos amigos. Entre ambos no hay el menor motivo de disgusto.

LUCIANO. (¡Qué oigo!) ¿Negará usted que hace un instante estampó usted su mano en el rostro de este hombre feroz, y que esa acción atrevida produjo el resultado natural entre dos personas que estiman en algo su pundonor?...

CLEM. (Interrumpiendo á Luciano á la segunda palabra, y hablando al mismo tiempo.) Señor mío, la ira le ha trastornado á usted el juicio. ¡Yo poner mi mano con intenciones hostiles en el venerable rostro de este distinguido y respetable anciano! ¡Yo, que soy uno de sus más leales amigos!...

JERON. (Ántes de acabar los otros.) Señores, que hable uno solo. De esta manera es imposible entenderse. Parecen ustedes locos. (Á Luciano.) ¡Eh!... ¡silencio!... ¿Pretende

usted meter esto á barato con esa palabrería?

LUCIANO. Lo que pretendo es que esto tenga una solución.

JERON. La tendrá, arrancándole á usted las entrañas, y matando despues á mi mujer.

ESCENA XVI.

DICHOS, CÁRMEN.

CARMEN. Su mujer de usted es un ángel.

JERON. ¡Eh! ¿Quién se atreve á defenderla?

CARMEN. Yo, que he sido víctima, como usted, de un fatal error, y acusaba á mi pobre Luciano.

LUCIANO. Pero, señor, ¿qué enredo es este?

JERON. ¿Ella inocente cuando recibe en secreto?...

CARMEN. Á este caballero, que es escribiente de un agente de de Bolsa, á la que ella juega sin que usted lo sepa.

JERON. ¿Mi mujer juega á la Bolsa?

CLEM. Constantemente.

JERON. ¿Y gana?

CLEM. Se ha dedicado á las operaciones del personal, y saca de ellas mucho partido.

JERON. ¡Y yo la calumniaba!... Debo echarme á sus piés.

LUCIANO. (Ap. á Cármen.) ¿Conque no eres tú su .. Pero, ¿y el otro? ¿por qué tiene puestos mis pantalones?...

CLEM. (Ap. á Luciano.) Silencio: yo le diré á usted despues...

CARMEN. El hermano de Dionisia, que viene á buscarme para acompañarnos al baile.

LUCIANO. ¡Oh! ¡ven á mis brazos!

JERON. (Á Luciano.) Caballero; usted ha recibido de mi un puntapié.

LUCIANO. Que me ha levantado una ampolla.

JERON. Téngalo usted por retirado.

LUCIANO. Sí; pero la ampolla...

CLEM. Esa es una lámina intransferible.

CARMEN. Ea, pues, al baile.

LUCIANO. Y mañana, á la iglesia. Y ahora...
(Al público.) De mi esposa idolatrada
se colma la ambicion toda,
si la obsequias en su boda
con una sola palmada.

FIN DE LA COMEDIA.

La representacion de esta obra está autorizada por la censura.

ADICION

AL CATÁLOGO DE 1.º DE OCTUBRE DE 1872.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES:	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Cazar á la espera.....	1	Infante Palacios.....	Todo.
Contra ira... latigazos.....	1	Mota y Gonzalez.....	»
Creer lo que no es.....	1	Carbou y Ferrer.....	»
Donde las toman.....	1	Romea.....	»
Dos cartas.....	1	Caballero de Puga.....	»
El Arcediano de San Gil.....	1	Marquina.....	»
El mártir de la duda.....	1	Rubí y Navarro.....	»
El triunfo de la república.....	1	Rubio Lorente.....	»
Haz bien sin mirar á quién.....	1	Rubí.....	»
La bola negra.....	1	Zapata.....	»
La fuerza de la razon.....	1	Rubí.....	»
La novia del general.....	1	Pina.....	»
1872 y 1873, revista.....	1	Infante Palacios y García Vivanco.....	»
No por mucho madrugar.....	1	Medina y Sologuren.....	»
Oropel y amor.....	1	Ortega y Montoro.....	»
Poesía lírica.....	1	Perales.....	»
Pruebas de fidelidad.....	1	Estremera y Cuenca.....	»
Quiero ser hombre.....	1	Rubí (D. Tomás).....	»
Quítese usted la ropa.....	1	Mota y Gonzalez.....	»
San Jorge por Aragon.....	1	Escamilla.....	»
Un desertor de Paris.....	1	Saquero.....	»
¡Vivan las economías!.....	1	Huici.....	»
Crisálida y mariposa.....	2	García Gutierrez.....	»
Del dicho al hecho hay gran trecho...	3	Fernandez San Roman.....	»
El príncipe Hámlet.....	3	Coello.....	»
La expulsión de los moriscos.....	3	Velilla y Rodriguez.....	»
La fuente del olvido.....	3	Rubí (D. Tomás).....	»
La razon de la fuerza.....	3	Retes y Echevarría.....	»
Segismundo.....	3	Retes y Echevarría.....	»

ZARZUELAS.

En el espacio.....	1	Ruiz.....	M.
Entre dos fuegos.....	1	Saquero y Gisbert.....	L. y M.
Guerra al extranjero.....	1	Monfort.....	M.
La bola negra.....	1	Zapata.....	L.
Los pájaros del amor.....	1	Navarro, Povedano y Reparaz.....	L. y M.
¡Ojo, artistas!.....	1	Barranco y Ruiz.....	L. y M.
El conde y el condeado.....	3	García Gutierrez y Larra.....	L.
El tributo de las cien doncellas.....	3	Barbieri.....	M.
Sueños de oro.....	3	Barbieri.....	M.

ADVERTENCIA. Han dejado de pertenecer á esta *Administracion* las obras dramáticas de D. Jerónimo Moran, y las líricas de D. Benito de Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Sres. Medina y Navarro*, calle del Arenal, de *Durán*, Carrera de San Jerónimo, y de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIBICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.